

LITURGIA MONÁSTICA Y EVANGELIZACIÓN

Me toca a mí este tema extremadamente extenso de *Liturgia monástica y evangelización*. El propio "Comité Ejecutivo" de este VI EMLA sugirió en su Circular n° 2 cuántos y cuán variados enfoques podrían suscitar nuestras reflexiones. Fue preciso escoger un camino, un hilo conductor que nos acompañara en este trabajo. Este camino, este "hilo conductor" no será el de un "especialista" en el asunto, pues no lo soy. Tan sólo traigo para nuestra reflexión en común, aquello que nos es común: la experiencia de la propia evangelización que la liturgia realiza en nuestras vidas desde el primer día de nuestro ingreso al monasterio. Traigo también una aspiración, diría, "apostólica", en el sentido más profundo del término, un deseo vehemente de encontrar aquí pistas que nos ayuden a hacer que nuestra liturgia monástica ofrezca más posibilidades de participación a quienes llegan a nuestros monasterios, respondiendo así al "nuevo entusiasmo, a los nuevos métodos, a las nuevas expresiones", como quiere el Santo Padre que tenga nuestro empeño en la celebración del V Centenario de la evangelización de América Latina.

Tres preguntas me servirán como "telón de fondo" de estas reflexiones: *¿Cómo la liturgia realiza en nosotros la "obra de evangelización?", ¿cómo influye en nuestra vida espiritual y monástica?, y ¿cómo puede evangelizar a quienes llegan a nuestros monasterios?*

A partir de esas tres preguntas podríamos dividir nuestra exposición en tres partes:

1. Liturgia cristiana y evangelización en los orígenes

• *Influencia de la liturgia judía en el anuncio de Jesucristo:*

- en el Evangelio de Lucas
- en el Evangelio de Juan
- en los Hechos de los Apóstoles

2. Acción evangelizadora de la Iglesia en la liturgia

- **Los misterios de Jesús a la luz de la liturgia**

- misterio de la encarnación
- misterio de la redención
- misterio del regreso, glorioso de Jesús

3. Acción evangelizadora de la liturgia monástica

- **Esbozo de una respuesta**

- **Desafíos**

1. Liturgia cristiana y evangelización en los orígenes

- **Influencia de la liturgia judía en el anuncio de Jesucristo**

- *En el Evangelio de San Lucas*

Una lectura atenta del Evangelio de San Lucas nos permite observar cómo la liturgia judía influyó en la acción evangelizadora de la Iglesia primitiva, formando una especie de "molde", de "cuadro" para el anuncio de Jesucristo. Vemos esto particularmente en tres textos muy significativos:

- a) Lucas 1, 5-25. 57-79: Imposición del nombre y circuncisión de Juan Bautista
- b) Lucas 2, 21-32: Presentación de Jesús en el Templo
- c) Lucas 4, 14-21: Participación de Jesús en el oficio sinagoga del sábado en Nazaret.

El primer texto, imposición del nombre y circuncisión de Juan Bautista, nos coloca, de lleno, en el Templo de Jerusalén. Durante la ceremonia del ofrecimiento de incienso, en el santuario, Zacarías tuvo aquella visión del ángel que le revela el nacimiento milagroso de Juan Bautista a pesar de la esterilidad de Isabel, su esposa. Duda, y por eso queda mudo. La criatura nace y en el octavo día Zacarías va con Isabel al Templo para la circuncisión del niño. Exactamente en el momento en que se le da el nombre, la lengua de Zacarías "se suelta" y canta las alabanzas de Dios con las palabras del *Benedictus* que cantamos diariamente en Laudes. En este cántico es

interesante observar las dos etapas de la historia de la salvación: en la primera (vers. 68 a 75) Zacarías rememora los hechos del pasado realizados por Dios en favor de su pueblo, evoca, también, la "Casa de David", la acción de los Profetas, la alianza de Dios con Abrahán y la liberación de Israel de manos de sus enemigos. En la segunda parte (vers. 76 a 79) pasa al futuro y se dirige primero a su hijo Juan: *Y tú niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos, anunciando a su pueblo la salvación.* Después anuncia la llegada de la salvación en Jesús: *Él es el sol que nace de lo alto, que vendrá a visitarnos y con él vendrá la paz mesiánica,* tan esperada en la Antigua Alianza.

El segundo texto de Lucas: La presentación de Jesús en el Templo, es semejante al primero. Los padres de Jesús van a presentarlo en el Templo y a hacer por él la ofrenda prevista por la Ley. Se trata del "Ritual del Rescate de los Primogénitos". Simeón, un hombre justo y piadoso, que esperaba la redención de Israel, movido por el Espíritu Santo, va al Templo y encuentra a Jesús con sus padres. Toma al Niño en sus brazos y prorrumpe en un alegre himno a Dios diciendo: "Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz; porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel". Simeón retoma el mismo tema de la *luz* y de la *paz mesiánica* ya recordados por Zacarías para marcar una nueva etapa de la historia de la salvación: *Mis ojos han visto* significa que la era mesiánica ya llegó. Jesús, este Niño, es la *luz de las naciones* y, al mismo tiempo, la gloria de Israel. El rito judío del Rescate de los Primogénitos es el "cuadro" ofrecido a Simeón para anunciar a Jesús como la salvación de los paganos y de los judíos. Es interesante notar que en la continuación del texto de Lucas, la alegre noticia de la salvación mesiánica se interrumpe bruscamente y Simeón, sin duda cambiando el tono de voz, revela a María algunos rasgos de la misión de su Hijo. Podemos decir que es el primer anuncio del misterio pascual de Jesús. Simeón dice: *Este Niño va a ser causa de caída y elevación de muchos en Israel. Será una señal de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el alma!* (Cf. Lc 2, 34-35).

El tercer texto "se encuadra" en la liturgia sinagoga del sábado. Jesús en Nazaret se dirige a la sinagoga para participar del oficio sabático. Se levantó para leer y le dieron el rollo del Profeta Isaias. Jesús leyó este pasaje: *El Espíritu del Señor está sobre mí porque*

me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor (Lc 4, 18-19). Jesús enrolló el libro, lo devolvió al ministro y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Entonces dijo solemnemente: **Esta Escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy.**

Con este **Se ha cumplido hoy**, Jesús quería anunciar a todos los judíos, y en un ambiente de liturgia sinagoga (1), que los tiempos mesiánicos llegaban a su plenitud. Que él, Jesús, era el cumplimiento de la promesa de la redención hecha a Israel. El acontecimiento salvífico tantas veces proclamado como espera en las asambleas sinagogaes, tenía ahora su coronación. En adelante, toda proclamación de la Palabra de Dios tendrá que pasar por este acontecimiento.

Este **Hoy** de Jesús en la sinagoga de Nazaret va a inspirar más tarde la liturgia de la Iglesia en la elaboración de los textos litúrgicos, especialmente en los "tiempos fuertes" del año litúrgico y en las solemnidades de la Virgen María y de algunos Santos. La palabra "hoy" que cantamos en las antífonas del Benedictus, del Magnificat, en los responsorios, en los invitatorios, etc., resuena como un llamado dirigido a cada uno de nosotros personalmente, que nos invita a participar del misterio celebrado.

Hemos escogido estos tres textos de Lucas (podrían encontrarse otros) para mostrar cómo la liturgia judía ejerció una real influencia en la Iglesia primitiva que desde el principio entendió y anunció el misterio de Cristo como la realización de las promesas hechas a Israel, introduciendo la persona de Jesús en el contexto de la liturgia judía y en el mismo corazón de la historia de la salvación.

- En el Evangelio de San Juan

Del Evangelio de Lucas pasamos ahora al de San Juan 7, 11 a 39 que narra la participación de Jesús en la fiesta judía llamada "de las Tiendas" o "de los Tabernáculos". Esta fiesta hacía memoria de los días de la peregrinación de Israel por el desierto, cuando habitaban en tiendas (de ahí el nombre de la fiesta) y sufrieron toda clase de penurias hasta llegar a la tierra prometida. De modo especial se rememoraba el "milagro de las aguas de Meribá" (Ex 17) y por esa razón el ritual prescribía además de oraciones especiales imple-

rando lluvias bienhechoras para la tierra, que, en el octavo día de la fiesta, el más solemne de todos, a la luz de inmensas antorchas de fuego llevadas por la multitud, los sacerdotes se dirigieran a la fuente de Siloé para buscar el agua que, al día siguiente, con cantos de alegría y al son de instrumentos musicales, sería ofrecida en el culto de la mañana como libación sobre el altar del Templo. Era, por tanto, una fiesta característicamente popular y marcada por la alegría. De manera tal que se decía proverbialmente: *Quien no vio la alegría de la libación del agua jamás conoció la alegría*¹. Jesús anuncia la venida del Espíritu en esta "Fiesta de las Tiendas".

En el contexto de esta fiesta, Jesús, aprovechando sin duda la concurrencia del pueblo, *subió al Templo para evangelizar*. En el último día de la fiesta Jesús se puso a llamar en voz alta: *Si alguien tiene sed, venga a mí, y beba el que crece en mí, como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva... Y Juan explicó: Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado.*

Podemos imaginar el impacto que estas palabras habrán provocado en quienes las oían pues todos conocían profundamente el simbolismo del agua para Israel y sabían que significaba la **vida plena** que es dada por Dios y que sería abundante en los tiempos mesiánicos. Al usar este símbolo para hablar del Espíritu Santo, Jesús muestra que "el envío del Espíritu" forma parte de su obra de salvación y que es él (el Espíritu) quien da la verdadera alegría. Pero queremos recalcar que Jesús proclama todo esto en una liturgia judía

- En los Hechos de los Apóstoles (2, 1-41)

Después del capítulo 1º que narra la ascensión de Jesús a los cielos y presenta al nuevo grupo de Apóstoles, ahora completo con la elección de Matías, los Hechos de los Apóstoles hablan de la realización de la promesa hecha por Jesús de enviar al Espíritu Santo como coronación de su obra reveladora. Hasta aquí el "molde" del relato es la liturgia judía. En efecto, los judíos celebraban Pentecostés (cincuenta días después de la Pascua), fiesta también llamada "Fiesta

1. Estudos 3 —Ano judaico e ano cristão— Publicação do Conselho de Fraternidade Cristão Judaica, São Paulo, 1975, p. 13.

de las Semanas" (porque se celebraba siete semanas después de la Pascua) o "Fiesta de las Primicias" (los judíos llevaban al Templo los primeros frutos de la tierra), considerada una de las fiestas máximas del judaísmo. En su origen era una fiesta puramente agrícola: la población del campo subía a Jerusalén al son de flautas y alegres cánticos para ofrecer a Dios sus primeras cosechas. La víspera pasaban la noche al aire libre, sin entrar en sus casas, anticipando la alegría del día siguiente. Por la mañana, bien temprano, el jefe del grupo convocaba a todos diciendo: *Venid, subamos al Monte de Yaveh...* Entonces se dirigían en procesión al Templo llevando en sus cestas adornadas con cintas y flores los productos de la tierra: uvas, higos, aceitunas, miel, etc. Al llegar al Templo eran recibidos por los sacerdotes y los levitas que entonaban cánticos al Señor. Y así la fiesta continuaba al canto de himnos y al son de arpas.

Más tarde esta fiesta perdió el carácter acentuadamente agrícola y pasó a significar un hecho de suma importancia para la historia de Israel: la conmemoración de la entrega de la Torá a Moisés en el Monte Sinaí: este "**Don de la Torá**" no es simplemente un momento que viene luego, después de la liberación de Egipto, sino la razón principal que motivó esta liberación, como si Dios afirmase: "Hice salir a Israel de Egipto para hacerle el **don de la Torá**". Por eso ese día se dedicaba también a la lectura de textos sagrados, en especial se leía el libro de Rut, no sólo porque en él se menciona la siega y la mies, sino también porque, como Rut era descendiente de los moabitas, tradicionales adversarios de Israel, la lectura de su libro subrayaba el universalismo del Pentecostés judío, aunque no siempre en la práctica obraran así: en esta fiesta querían manifestar que la Torá, aunque dada a Israel, era también para todos, judíos y paganos.

Pedro anuncia el misterio pascual en la *Fiesta de Pentecostés*. En el contexto de esta fiesta judía Pedro anunció el misterio pascual de Jesús a los hombres de Judea y a todos los que residían en Jerusalén diciendo: *Judíos y habitantes todos de Jerusalén: Que os quede esto bien claro y prestad atención a mis palabras: Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado. A este Jesús Dios le resucitó, de lo cual todos nosotros somos testigos (Hch 2, 14. 36. 32). Algunos, sin embargo, se burlaban diciendo que los Apóstoles estaban llenos de vino dulce (Hch 2, 13). Pedro mientras tanto explica que no han bebido dado que son aproximadamente las nueve de la mañana, que se trata de la realización de lo que*

había dicho el Profeta Joel: Dios derramó sobre los Apóstoles su Espíritu, como lo había prometido (Cf. Hch 2, 17-18). Todo esto ocurre justamente en el día en que los judíos celebraban la fiesta de Pentecostés. Sin duda la intención de Pedro era realizar un paralelo entre el "don de la Torá" y el "don del Espíritu". Así quería afirmar que la Nueva Alianza en Jesús alcanza su culminación con el envío del Espíritu que, según la misma profecía de Joel, sería la última manifestación de la era mesiánica (Cf. Joel 3, 1-5). La señal de la circuncisión que en la Antigua Alianza significaba pertenecer al Pueblo de Dios, ahora es sustituida por el bautismo, señal de pertenencia al nuevo Pueblo de Dios. En efecto, a sus oyentes que le preguntaban *¿Qué hemos de hacer?*, Pedro dice: *Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados, y recibiréis del Padre el don del Espíritu* (Cf. Hch 2, 37-38). Y recorriendo el Antiguo Testamento, Pedro anuncia a Jesús como el Mesías prometido por su ascendencia davídica (2, 30), por su misión de profeta, sucesor de Moisés (3, 22), por sus sufrimientos (3, 18), por su resurrección (2, 25-31), por su exaltación celeste a la derecha de Dios (2, 34). La prédica de Pedro fue coronada con el éxito pues hubo cerca de tres mil personas que ese día acogieron su palabra, recibieron el bautismo y se unieron a los Apóstoles (2, 41).

Nació, así, la Iglesia a la sombra de la liturgia judía de Pentecostés y se afirmaba un método de evangelización: proclamar la Buena Nueva de la salvación en Jesús, a partir del Antiguo Testamento, releer el misterio de la pasión, muerte y resurrección del Señor a la luz de las Escrituras procurando descubrir en ellas la explicación y el sentido más profundo de todos los acontecimientos referentes a Jesús de Nazaret. Este método, iniciado por Jesús, encuentra en la liturgia su mejor realización y su mayor eficacia, y es lo que hemos querido demostrar hasta aquí.

2. Acción evangelizadora de la Iglesia en la liturgia

La experiencia de la resurrección de Jesús y la fuerza del Espíritu Santo transformaron a los Apóstoles en entusiastas evangelizadores. No se limitan al Templo, a las reuniones sinagógicas, ni siquiera a la ciudad de Jerusalén, sino que proclaman la Buena Nueva

por todo el mundo no sólo a los judíos sino también a los paganos. Permanecen unidos y asiduos en la enseñanza de los Apóstoles, en la comunión fraterna y en la oración. Curan a enfermos, bautizan a los conversos en nombre de Jesús y anuncian por todas partes el misterio pascual. Esta evangelización fortalece a la Iglesia que, al mismo tiempo, es fruto de esa evangelización "el más inmediato y el más visible" (EN n° 15).

Depositaria de las enseñanzas de Jesús y de los Apóstoles, de las promesas de la Nueva Alianza y de las fuentes de gracia, la Iglesia, a su vez, "existe para evangelizar, para ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el Sacrificio de Cristo en la Santa Misa" (*id.*, n° 14). Evangelizar constituye, por lo tanto, la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda (*ibíd.*). Con todo, dice Pablo VI, "no hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios" (*id.*, n° 22).

• **Los misterios de Jesús a la luz de la liturgia**

– La encarnación

Según esto la liturgia es, por excelencia, la fuente, el lugar donde encontramos este "anuncio de Jesucristo" en su profundidad. Ella continúa la acción evangelizadora de Jesús, nos hace sus contemporáneos pues, cada vez que celebramos cualquier acción litúrgica los misterios de Jesús se vuelven presentes y actúan en nosotros. De modo especial encontramos en la Celebración Eucarística y en la Liturgia de las Horas, una fuente perenne de profundización en los misterios de Jesús. Tan sólo como ejemplo, citamos en la Liturgia de las Horas el himno de las primeras vísperas de la Solemnidad de Corpus Christi. Allí encontramos concentradas en muy pocas estrofas, alusiones al misterio de la encarnación, de la redención y de la eucaristía. En la doxología Jesús se sumerge en el misterio trinitario. Este himno ilumina con trazos vivos, múltiples y vigorosos la persona de Jesús; él solo bastaría para elaborar toda una catequesis cristológica.

Si miramos la celebración eucarística, encontramos también otros textos litúrgicos que iluminan el misterio de Cristo, como por ejemplo, la celebración de la Solemnidad del Nacimiento del Señor. La liturgia

coloca el acontecimiento en sus circunstancias de tiempo y de lugar, agrupa a los personajes conforme a la narración evangélica, refiere las palabras de los pastores, el canto de los ángeles, en síntesis, nos hace revivir el hecho a la luz de aquella noche. Al mismo tiempo evoca la voz de los antiguos profetas, en especial Isaias; hace resurgir para nosotros la "dinastía davídica". El Niño de Belén aparece en toda la plenitud del momento histórico y de la realización profética, con toda la humildad del Hijo de María, y, al mismo tiempo, con toda la magnificencia del Mesías prometido. Así, en la Misa de Medianoche leemos en la primera lectura la profecía de Isaias que anuncia el nacimiento del Niño como *Consejero Admirable, Dios fuerte, Padre Perpetuo, Príncipe de la Paz*. Y dice además que *¡su Imperio es inmenso!* Mientras tanto, el Evangelio presenta a Jesús pobre y humilde, envuelto en pañales y acostado en un pesebre, porque no había lugar para él en la posada...

En la Misa del Día, la primera lectura sitúa a Jesús entre los mensajeros que anuncian la paz cuando dice: *¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la Paz!* (Is 52, 7-10). El evangelio va mucho más allá del simple mensajero de la paz y proclama a Jesús con toda la riqueza teológica de San Juan, en el "seno de la Trinidad": *En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios* (Jn 1, 1-5).

Uno de los Prefacios de Navidad presenta a Jesús como verdadero hombre y verdadero Dios, al rezar:

Porque en el misterio santo que hoy celebramos (misterio de Navidad) Cristo el Señor...

el que era invisible en su naturaleza,
se hace visible al adoptar la nuestra;
el eterno, engendrado antes del tiempo,
comparte nuestra vida temporal
para asumir en sí todo lo creado,
para reconstruir lo que estaba caído
y restaurar de este modo el universo,
para llamar de nuevo al Reino de los cielos
al hombre sumergido en el pecado.

- La redención

Aún mayor riqueza de contenido teológico encontramos en los textos litúrgicos que se refieren al misterio pascual de Jesús. La liturgia dedica cuarenta días a prepararlo con una abundancia de textos

que alimentan nuestra vida espiritual en profundidad sobre todo después de la reforma del Concilio Vaticano II. Son bellísimos los himnos, los prefacios, las lecturas, los responsorios, etc. de este "tiempo fuerte de la Iglesia". En la Liturgia de las Horas leemos el libro del Éxodo que cuenta las maravillas realizadas por Dios en la historia de la salvación para la liberación de Israel. En las celebraciones eucarísticas, los evangelios dominicales nos presentan las tentaciones de Jesús, la Transfiguración, el encuentro con la samaritana, el ciego de nacimiento, la pericopa que muestra a Lázaro devuelto a la vida por la acción poderosa de Jesús, para que reflexionemos en ello. Todos estos textos preparan el Triduo Pascual, centro de nuestra fe y de nuestra liturgia, y merecería una profundización aparte. Tan sólo destacamos de la riqueza de este Triduo algunas consideraciones de orden escriturístico. Las lecturas bíblicas, especialmente en el Viernes Santo, hacen resaltar en Jesús la figura del siervo sufriendo de *Isaías*, 53 que da su vida como rescate. También a la luz del misterio de Cristo se hacen relecturas de los textos proféticos de *Zacarías*, de *Jeremías* y de los *Salmos*, en especial el 21. Particularmente rico como relectura del Antiguo Testamento a la luz del misterio redentor es el texto que se canta en la ceremonia de la adoración de la cruz:

Pueblo mío, ¿qué te hice, o en qué te he entristecido? Respóndeme.
Yo te saqué de la tierra de Egipto, y tú preparaste una cruz para tu salvador.

Yo te conduje por el desierto durante cuarenta años, te alimenté con el maná y te introduje en la tierra fértil, y tú preparaste una cruz para tu salvador.

¿Qué más debí hacer por ti que no haya hecho?

Yo te planté, como mi más hermosa viña, y tú no me has dado más que amargura: con vinagre apagaste mi sed y con una lanza abriste el costado del Salvador.

Yo por ti castigué a Egipto e hice morir a sus primogénitos, y tú me entregaste para ser flagelado.

Pueblo mío, ¿qué te hice, o en qué te he entristecido? Respóndeme.
Yo te saqué de Egipto sumergiendo al Faraón en el Mar Rojo, y tú me entregaste a los jefes de los sacerdotes.

Yo te abrí un camino en medio del mar, y tú con una lanza abriste mi costado.

Yo te conduje a través del desierto por medio de una nube y tú me llevaste al tribunal de Pilato.

Yo te alimenté con el maná cuando caminabas por el desierto, y **tú me golpeaste y flágelaste.**

Yo te sacié con el agua salvadora haciéndola brotar de una roca, y **tú me diste a beber hiel y vinagre.**

Yo por ti derroté a los reyes cananeos; y **tú me golpeaste con una caña.**

Yo puse en tu mano un cetro real, y **tú pusiste sobre mi cabeza una corona de espinas.**

Yo te exalté con todo mi poder, y **tú me clavaste en el patíbulo de la cruz.**

Aquí se relee todo el misterio redentor paralelamente con la liberación de Egipto con una riqueza poética y teológica que nos sumergen en el corazón del Antiguo Testamento, dentro de lo que los judíos tienen como fundamental en su historia: ¡el Éxodo y las maravillas realizadas por Dios en favor del pueblo de Israel!

- La Pascua del Señor

Así, en un crescendo, la liturgia nos hace llegar a la Pascua del Señor. En la Vigilia, la historia de la salvación es leída a la luz del misterio de Cristo: desde la Creación hasta el Evangelio de la resurrección tenemos toda una reflexión cristológica.

Además de las lecturas también aparece en la Vigilia Pascual el simbolismo del fuego, de la luz, del agua. Es bellissimo el texto que se usa para la bendición del agua, y muy expresivo respecto de nuestro tema:

Oh Dios, que realizas en tus sacramentos obras admirables con tu poder invisible, y de diversos modos te has servido de tu criatura, el agua, para significar la gracia del bautismo.

Oh Dios, cuyo espíritu, en los orígenes del mundo, se cernía sobre las aguas, para que ya desde entonces concibieran el poder de santificar.

Oh Dios; que incluso en las aguas torrenciales del diluvio prefiguraste el nacimiento de la nueva humanidad, de modo que una misma agua pusiera fin al pecado y diera origen a la santidad.

Oh Dios, que hiciste pasar a pie enjuto por el mar Rojo a los hijos de Abrahán, para que el pueblo liberado de la esclavitud del Faraón fuera imagen de la familia de los bautizados.

Oh Dios, cuyo Hijo, al ser bautizado en el agua del Jordán, fue ungido por el Espíritu Santo; colgado en la cruz vertió de su costado agua, junto con la sangre; y después de su resurrección mandó a sus

Apóstoles: "Id y haced discípulos de todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo".

Mira ahora a tu Iglesia en oración y abre para ella la fuente del Bautismo. Que esta agua reciba, por el Espíritu Santo, la gracia de tu Unigénito, para que el hombre, creado a tu imagen y limpio en el bautismo, muera al hombre viejo y renazca, como niño, a la nueva vida por el agua y el Espíritu.

Sólo la misma liturgia puede crear un texto tan rico en espiritualidad bíblica en el que vemos toda la historia de la salvación desde la creación hasta el envío del Espíritu, renovarse, "actualizarse" para que, inmersos en el misterio de Cristo en la noche santa de Pascua, los cristianos puedan reasumir sus compromisos bautismales.

No sin razón la Iglesia primitiva calcaba toda su catequesis bautismal en este tiempo fuerte de la liturgia de la Iglesia...

- *El regreso glorioso de Jesús*

Mencionemos, por último, el misterio del "regreso glorioso de Jesús". Ese Jesús que vino en el misterio de Navidad "revestido de nuestra fragilidad, vendrá por segunda vez revestido de su gloria para concedernos, en plenitud, los bienes otrora prometidos". La liturgia celebra este "misterio" en el Adviento, en el aspecto escatológico de este tiempo que prevalece en los textos litúrgicos de las tres primeras semanas. "La venida gloriosa de Jesús es el último de sus misterios. Todos los otros ya se realizaron históricamente; éste creemos que también va a realizarse".

Así, el último empeño evangelizador de la liturgia al celebrar los misterios de Cristo, es preparar al mundo para la venida del Señor. Estamos en este tiempo de la Iglesia militante en que espera con confianza el retorno glorioso de su Esposo. En la alegría de esta espera, la Iglesia, y con ella todo el universo, murmura en lo íntimo del corazón:

Ven, Señor, no tardes. Toda la tierra está pronta para acogerte.

El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven! Y el que oiga, diga: ¡Ven!

Y el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, reciba gratis agua de vida (Ap 22, 17).

Y él (el Señor) responde en nuestros corazones:

Sí, vengo pronto

¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús! (id., 20)

3. Acción evangelizadora de la liturgia monástica

• Esbozo de una respuesta

Iniciamos nuestra reflexión preguntándonos "¿cómo la liturgia realiza en nosotros la 'obra de la evangelización'?", ¿cómo influye en nuestra vida espiritual y monástica?, y ¿cómo puede evangelizar a quienes llegan a nuestros monasterios? El recorrido que hemos hecho hasta aquí ya nos permite esbozar alguna respuesta a nivel personal y a nivel comunitario antes de que pasemos a los trabajos de grupo.

A **nivel personal** podemos responder que la liturgia nos inserta en el misterio pascual de Cristo, que "forma a Cristo en nosotros" y que "si somos fieles y coherentes con nuestro año litúrgico tendremos lo suficiente como para transfigurarnos en él", pues, "la celebración del año litúrgico goza de **fuerza sacramental** y **eficacia especial** para alimentar la vida cristiana"². Sí, Cristo viene hasta nosotros, pasa entre nosotros a lo largo del año litúrgico para alimentar nuestra vida espiritual y transformarnos en él. Ojalá podamos decir cada día: hoy, por medio de la liturgia, es Cristo quien vivé en mí.

A **nivel comunitario** podemos responder que la liturgia crea aquella dimensión eclesial que hace de la comunidad monástica una "señal y una realidad de la Iglesia orante, que, sin cesar y con voz unánime, alaba a su Señor" (IGLH, 24). Así, en sus celebraciones litúrgicas, la comunidad no obra primeramente por "deputación", esto es, en nombre de la Iglesia, sino **ella misma es la Iglesia orante en acto** aun cuando limitada en el tiempo y en el espacio. Ejerce realmente el "sacerdocio de Cristo, Mediador de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios" (SC, 5; IGLH, 13). Así, en cuanto celebra la liturgia, la comunidad supone y realiza el Cuerpo de la Iglesia.

Relación entre liturgia, comunidad e Iglesia universal

La comunidad monástica por medio de la liturgia está en relación directa con la Iglesia universal y comparte con todas las Iglesias locales el deber de ser; a través de la misma liturgia, una verdadera

2. S. C. de Ritos, Decr. general *Maxima redemptionis nostrae mysteria*, del 16-XI-1955.

Iglesia orante. "Aun cuando, formalmente, la Asamblea litúrgica monástica se presenta como un coro de monjes (o de monjas) en realidad no es, y no debe ser, un 'grupo cerrado'. Al contrario, debe permanecer abierta a todos los que desean aprender a adorar a Dios en espíritu y en verdad, particularmente a través de la celebración litúrgica". Evidentemente al hablar de la comunidad monástica como "un grupo abierto a la evangelización litúrgica", no pensamos naturalmente en una apertura que signifique dispersión de la comunidad hacia afuera, sino en una apertura que signifique acogida de los otros en la asamblea litúrgica para que ellos también puedan, como nosotros, ser evangelizados por la liturgia.

Esta "apertura" debe significar también que la comunidad como tal está atenta a los signos de los tiempos de manera de asumir en su propia liturgia, que es celebración del misterio de la salvación universal, todas las situaciones humanas puestas en relación con el Reino de Dios. Pero es preciso creerlo con total convicción interior: nuestra oración litúrgica, nuestras celebraciones litúrgicas, forman parte de la obra salvífica de Cristo. Nosotros no rezamos **para** la Iglesia, sino rezamos **en cuanto somos Iglesia**. Pienso que justamente esto es lo que dijo el Santo Padre en su *Mensaje a las religiosas de clausura de América Latina*, con motivo de la celebración del V Centenario de la Evangelización de América Latina, cuando escribió:

La Liturgia de las Horas, con que la Iglesia expresa y ejerce el culto divino, a cuyo cumplimiento perfecto vosotras estáis llamadas, va ritmando vuestra vida y os permite **colaborar específica y activamente** en la edificación de la Iglesia. El Oficio Divino, abarcando todo el día y centrándolo en la Eucaristía, inserta en el misterio de Cristo toda vuestra existencia que transcurre en el tiempo y transforma el tiempo de la Iglesia en tiempo de salvación.

Estas son las reflexiones que, como dijimos al comienzo, a nivel bien práctico y experiencial, quisimos traer para este VI EMLA. Esperamos encontrar aquí pistas que nos ayuden a un mayor empeño en la celebración del V Centenario de la Evangelización de América Latina. En este sentido propongo, para el intercambio de experiencias en grupos, algunos desafíos:

1. El Concilio preconiza la participación activa, consciente y fructífera en la liturgia. ¿Cómo promoverla en nuestros monasterios, con "nuevo entusiasmo, nuevos métodos, nuevas expresiones"?

¿Hasta qué punto los medios actuales, como folletos, cantos, símbolos, contribuyen o impiden esa participación?

¿Su comunidad, ejerce algún tipo de "pastoral litúrgica" que promueva esta participación?

2. ¿Cómo redescubrir la riqueza de la religiosidad popular e integrarla en la liturgia monástica?

¿Tiene alguna experiencia al respecto?

3. Sobre el año litúrgico: ¿Cómo superar el paralelismo entre las celebraciones del misterio de Cristo y los días, semanas y meses temáticos, como por ejemplo: Mes de la Biblia, Mes de las misiones, Mes vocacional, Campaña de la fraternidad, etc.?

Su comunidad, ¿realiza algún trabajo de evangelización en ese sentido?

Pienso que los trabajos de los grupos darán una conclusión práctica a nuestras reflexiones y, ciertamente, colaborarán en un fructífero intercambio de experiencias.

*Mosteiro da Santa Cruz
Rua Prof. Coelho e Souza 95
36100 Juiz de Fora MG
Brasil*

PAULA IGLESIAS, OSB